Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA*

Soledad de multitudes

"Los últimos aplausos son los más sinceros", le escuché decir a Carlos Monsiváis después que el auditorio prorrumpiera en aplausos apenas oír su nombre en alguna de sus miles de conferencias; había que esperar al final, al término de su intervención, para emitir el juicio justo y merecido.

Multitudes rompieron en sollozos y en aplausos durante el sábado 18 y domingo 19 de junio. Emotivos y bellos homenajes para uno de los mayores escritores mexicanos del siglo XX y de principios del XXI. Todos desfilaron frente a su féretro, primero en el Museo de la Ciudad de México, luego en el Palacio de Bellas Artes y posteriormente en el Teatro de la Ciudad.

Todos deseábamos estar ahí y aplaudirle y darle las gracias por tanta sabiduría. Por la maravilla de las palabras, por la lucidez, por la valentía, por la independencia de su pensamiento. Decirle cuanta falta nos hace, hoy más que nunca; o como escribiera un lector de La Jornada: "Carlos, te fuiste cuando más te necesitábamos". Todo fue digno en su partida; rodeado de amigos, familiares, admiradores, intelectuales, amas de casa, gente del pueblo, de su Colonia Portales. Se fue un sabio, el ícono de la inteligencia nacional, el gran crítico de Palacio, los ojos y oídos de México. La conciencia crítica de un país que se desangra, que duele, que llora.

Un intelectual irrepetible, con el don de la ubicuidad; el escritor total, que podía aparecer al lado de cualquiera, sentado junto a Blue Demon o el Santos, o el empresario mas engreído, o el intelectual de postín. Que desarmaba con su inteligencia, con la frase de antología, con su memoria prodigiosa. El domingo 20 de junio la gran Elena Poniatowska habló y preguntó por todos: "¿Qué vamos a hacer sin ti Monsi?"

Miles lo acompañaron; una movilización sólo comparable a los funerales de alguna estrella cinematográfica. Multitudes por las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México, esas que siempre recorrió en busca de la sabiduría popular; aplausos y vítores a su paso. Goyas desde el fondo del corazón; música de mariachis, de organilleros, de la flauta clásica de Horacio Franco. No faltó el Himno Nacional, las Golondrinas, Amor Perdido, Amor Eterno; y las palabras, miles de palabras.

Carlos Monsiváis descansará en el corazón de la Ciudad de México, en el cruce de Madero e Isabel la Católica; en el Museo del Estanquillo, en el edificio La Esmeralda, construido en 1890 y que da cabida a las colecciones que durante más de 30 años, Monsiváis se dio a la tarea de conjuntar. Un espacio único, bello, lúdico, inaugurado el 23 de noviembre de 2006. A finales de 2007 tuve la oportunidad de conocerlo; una mañana descubrí que El Estanquillo se encontraba justo a media cuadra del hotel en que me hospedaba. Pasé a saludar a mi amiga Ana Laura Jaso, entonces encargada del área de comunicación del mismo, quien me condujo por sus salas y exposiciones. Ahí, en el espacio dedicado a la obra de Eduardo del Rio, Rius, me encontré con el mismísimo monero. Fue un momento mágico e irrepetible.

Rius hizo guardia al frente del féretro de su gran amigo, Monsi. Dos creadores irrepetibles que formaron a generaciones; ambos con una vasta obra. Seguramente el irredento monero pensaba agradecido en ese espacio que el coleccionista le regaló y donde Los Agachados conviven con la Familia Burrón de don Gabriel Vargas y que en adelante escucharán las disquisiciones nocturnas del Monsi; porque nadie crea que se quedará callado; él hablara a través de todos nosotros, de todo México.

Estos son días de guardar; tristes y grises. Hemos perdido al gran genio Monsiváis y a la irreverencia culta en el periodismo y las letras mexicanas. Por eso la tristeza. Y de pronto nos quedamos sin esa voz que era defensa efectiva frente a tantas desgracias y adversidades. Por eso la soledad de las multitudes; por eso los miles de aplausos, por eso el agradecimiento permanente, por eso la orfandad popular. Por eso la pregunta que fue reclamo de Elena Poniatowska: "¿Qué va a hacer México sin ti, Monsi?"

Correo electrónico: victorae@colef.mx

*El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte